

AHORA

Ahora, sólo te diré una cosa:
es triste saber que no habrá otro encuentro.

Te quise. Te querré. Te quiero.
Ayer. Mañana. Ahora.
Tu nombre. Tus ojos. Tu cuerpo.

—Te juro que sufro al verte pero también al no verte.
—Volveré. Iré otra vez.
—¿Conoces el árbol que está junto al camino?
—¿Qué árbol?
—Iré otra vez. Volveré.
(Es triste pensar que no habrá otro encuentro).

—Te dí toda mi vida con mis palabras.
—Ayer. Mañana. Ahora.
—¿Sabes lo que significan estas tres palabras?
Me diste la vida con tus ojos.
Me diste la vida con tus cabellos.
Me diste la vida con tu sonrisa.

—¿Has visto las hojas del árbol que está junto al camino?

—¿Qué árbol?
—Me hubiera gustado que ayer fueras conmigo, para que aspiraras su aroma.
—¿Ayer? ¿Por qué no ahora?
—¿Por qué no mañana?
—¿Qué sabemos de ayer y de mañana?
—Sólo la palabra infinito y la palabra sueño.
—Sólo la palabra olvido.
—Tal vez para ti haya un mañana.
—Tal vez para mí haya un mañana.
—Pero ¿habrá para nosotros un mañana?

Ahora

te entrego todo lo que tengo:
este minuto en que te pienso intensamente
este minuto en que te quiero intensamente
este minuto en que te nombro inútilmente...
este minuto asesinado por la espalda.

AL ANOCHECER

I

Al anochecer te tocó presenciar la carga de los muchachos del coronel Urquiza contra los estudiantes, contra los transeúntes evasivos, y contra los mirrones indignados que como tú presenciaban la violencia. Esa noche escribiste con un marcador ancho en el muro frontal de la escuela: SARDOS HIJOS DE PERRA. Esa misma noche, cuando por la carretera aspirabas el olor de la hierba mojada por el rocío y escuchaste el rumor de las cigarras entre los breñales, te estremeciste por el violento contrapunto que impregna nuestros días. Los presentes y los que acaso vendrán. Sentí orgullo por ti. También sentí pena por mí y por ti, por los dos, porque creí que con nuestra indignación no era suficiente. Entre el calor de tu pecho busqué el aleteo de tu corazón, de tu corazón tempranamente ganado por la muerte.

II

Así te conocí. Nuestro encuentro ocurrió en ese instante luminoso en que tomamos conciencia de

nuestra nada, de la impotencia que nos arroja abajo del cero vital, de nuestra insignificancia entre la incurable estupidez de la gente, de todas las cosas que golpean nuestros ojos y nuestro corazón... de nuestra anacrónica predisposición a la felicidad.

III

Cuando caminábamos por el arroyo, entre los carrizos, camino a la ladera de la sierra, el calor del sol y del amor enrojeció tu cara. Todo tu cuerpo ardía. La arena del lecho del arroyo penetró en tu piel. Y sentimos por un instante que éramos algo, algo que se negaba a pasar, a dejarse llevar por el remolino.

AUTORRETRATO I

A Guillermo Ceniceros

No puedo remediarlo. Soy un hombre
enfermo de tristeza milenaria.
La de hoy, la de ayer, la de mañana.
La incurable tristeza de los míos.

AMEN

*...Te ruego que me perdones
por contarte estas cosas en un
momento en el que hay en el
mundo tantas tribulaciones y
tanta desvergüenza. Siento mu-
cho lo de las tribulaciones y la
desvergüenza; pero, por lo visto,
no puedo hacer nada para reme-
diarlas, a pesar de que, como Tú
recordarás, era lo que yo trata-
ba de hacer cuando empecé a es-
cribir.*

*Carta AL UNICO
William Saroyan*